



En defensa de la vocación personal



José Domingo Cuesta, SJ.

*“Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros”
(2Cor. 4,7).*

Escribo desde la formación de jóvenes para la Vida consagrada y desde la necesidad que se impone en la realidad actual de contar con unos fundamentos fuertes y sólidos donde se apoye la vocación personal¹. En este tiempo, soplan vientos fuertes que estremecen desde lo más profundo la opción primera que muchos han realizado hacia la vida religiosa y/o sacerdotal. Se impone, por tanto, la necesidad de volver a las fuentes primeras, con una mirada puesta en Dios y en la realidad social en que viven hoy millones de seres humanos. Y surge la necesidad de cuidar la vocación personal para que no se *rompa* tan fácilmente.

Nuestro planteamiento es general, teniendo la mirada puesta en lo religioso, porque comprendemos que en el fondo de toda vocación

¹ Agradezco los valiosos comentarios y sugerencias del P. Jesús Sariego al respecto.

—sea esta laical, religiosa, profesional, etc.— subyace una dimensión esencialmente religiosa. En el fondo de todo ser humano resuena la voz de Dios que nada ni nadie puede callar.

I. La vocación personal

Primera constatación: todos los seres humanos tenemos una *vocación*. Lo primero es darnos cuenta de ella, descubrirla. Lo segundo, es ponerla en práctica, al servicio de aquello para lo que nos sentimos llamados. Hoy más que nunca se impone la necesidad de ponerle nombre a las cosas, lo que se mueve dentro y fuera de nuestro ser, porque como nos dice Ignacio de Loyola, hay muchas cosas que proceden de nuestro interior, y otras, vienen de afuera, se nos dan —o en algunos casos se nos imponen—, pero que tenemos que acoger (*Ejercicios Espirituales*, n. 32).

Del latín *vocatio* - *onis*, acción de llamar. Como cristianos, creemos que Dios está presente en el mundo y en nuestras vidas. Creemos que “nos llama” a cada uno a algo en particular. Dios es el que toma la iniciativa.

Desde hace siglos este término se reservaba casi exclusivamente para indicar la llamada especial de Dios, mediante los representantes de la Iglesia, al estado sacerdotal o religioso. Ahora se utiliza con un sentido muy genérico, porque todo cristiano es llamado para algo, “toda vida es vocación” (Pablo VI). Actualmente, la vocación se entiende así como:

- ❑ Una *inclinación* a algo (estoy destinado a algo concreto). Se da relieve a las tendencias naturales de nuestra vida. Algo que nos mueve hacia delante, motivados por una fuerza que actúa desde nuestro interior.
- ❑ Hoy se habla más de la vocación como *aspiración* a ciertas actividades escogidas estable y libremente, para las que se dispone una especialización adecuada y en las que se espera realizar el deseo de una plena satisfacción vital.

En esta extensión de significado, tuvo un papel esencial el Vaticano II (1964), sobre todo en sus decretos *Lumen Gentium*, *Dei*

Verbum y Gaudium et Spes. En la riqueza interna de su contenido, se refiere a la realidad espiritual más compleja y misteriosa de la vida humana. El Concilio afirma la altísima vocación del hombre y de la mujer; en ella está la mayor razón de la dignidad humana. No cabe duda de que hay algo profundo en cada ser humano que lo pone en contacto con lo trascendente y lo debería poner en relación con los demás. Lo primero nos resulta evidente. Lo segundo muchas veces no es fácil de comprender por muchas personas, pero necesariamente debe imponerse.

El Concilio afirma que “Dios, movido de amor, habla a los hombres y mujeres como a amigos, trata con ellos para invitarlos a la comunión con él y recibirlos en esta misma comunión” (DV, 2). Porque la vocación última del ser humano es en realidad *una sola*, es decir, *divina* (GS, 22), nos pone en relación con Dios. Es la relación mutua entre el Creador y su criatura.

II. La Vocación: Don y Tarea

La vocación es un **Don**, algo que recibimos en primer lugar de Dios (“*todo es gracia*”) –Dios es el que llama, invita a algo, tiene la iniciativa- (Gal 5,8; Rom 9,24), por herencia (o por aprendizaje) –por ejemplo de nuestros padres (todos nacemos con unas capacidades concretas diferentes a la de los demás). Unos vienen al mundo con habilidades para lo práctico, otros con algunas cualidades para establecer relaciones interpersonales mejor que otros; otras personas tienden a ser muy afectivas, etc. De aquí que otra palabra que condensa la de vocación es la de *carisma* = Don gratuito del Espíritu. Ninguna acción humana puede sustituir la acción del Espíritu, por muy grandiosa y original que aquella sea.

La vocación tiene que ver también con la *personalidad* (mis propiedades o características que me hacen parecido o distinto de los demás). O con el *temperamento* (los aspectos más hondos de mi vida, lo más ligado a lo orgánico y a la herencia, que determinan las características más primarias y fijas); y/o el carácter (del griego “*marca grabada*”). Todos llevamos en nuestro ser el sello de Dios y el de nuestros padres que condicionan en mucho todo lo que somos y hacemos. Por ejemplo, los sentimientos –consolaciones o

desolaciones- son parte mía, sólo yo las experimento, nadie siente como yo. Puedo compartir una idea o un pensamiento con una persona, un grupo, una clase social, o la cultura a la cual pertenezco, pero difícilmente podré compartir un sentimiento. Éste es propio mío, nace de mi interior.

La vocación es un hecho que afecta a todos los hombres y mujeres. Creemos que es el hecho más importante de nuestra vida, dado que condiciona todo lo demás. Así mismo, la vocación tiene una estructura *dialógica*: está siempre en relación con Alguien, ya que somos seres sociales y afectivos. Aunque es mía (la poseo), está referida a otra cosa fuera de mí (Dios, una persona, un grupo, una institución...). Todo lo que somos, incluyendo nuestra racionalidad, afectividad, socialidad y biología, están en relación con algo fuera de nuestro ser. En toda vocación siempre habrá alguien que llama, alguien que escucha y alguien que responda.

Hay que insistir en que para que el proceso de fidelidad a la vocación sea posible, es necesario poder remitirse constantemente a las experiencias espirituales en las que el proceso de la vocación personal nació. Esos "hitos centrales" de la experiencia personal de cada uno, inscritos en la propia biografía, son luces que ayudarán en los momentos de desorientación o de dudas en el proceso biográfico. Estas experiencias fundamentales permiten tener clara la orientación en el futuro y delimitan el campo exacto de la llamada vocacional. Se trata de tener clara la propia historia de salvación que Dios ha escrito en cada uno de nosotros para poderse "dar razón de la esperanza" (1 Pedro, 3,15). La vocación mira al futuro; pero tiene que estar anclada en experiencias fundacionales personales que se vuelven iluminadoras en el futuro. Algo así como lo que la Escritura nos describe de las experiencias primeras de los patriarcas, profetas y reyes de Israel.

Pero la vocación también es una *Tarea*, algo de todos los días, algo que tiene que ir madurando, creciendo. Depende de Dios, no cabe duda, pero también de nosotros. La vocación es algo que hemos recibido gratis de Dios. Hay que dar gratis lo que gratis hemos recibido. Esto es lo que debemos de poner en práctica, en función de los demás y de nosotros mismos. La llamada será siempre

estrictamente personal² -aunque seamos invitados a pertenecer a un grupo dado-, pero tiene un alcance y una dimensión social, y en ocasiones universal. Se puede llamar Misión, carisma, identidad... De todas formas siempre conllevará algo de respuesta, como la de Abraham, Moisés, Samuel, los profetas anteriores y los actuales.

Al respecto, la escritura habla de la vocación en un sentido existencial, encarnada en personas. En la vocación de Abrahám, Dios le habla y él responde. Abraham será el eterno creyente, el amigo de Dios. Pero Dios pronuncia también el nombre de Moisés. Lo llama y le confía una misión (Ex 3,4ss). Si Abraham es el personaje de la fe, Moisés es, quizá, la personificación de la fortaleza y de la constancia. Lo mismo encontramos en Isaías, quien oye y responde a Dios: "Heme aquí y envíame" (Is. 6,8). Y la vocación de María (Lc 1, 26ss), todo un diálogo, o los apóstoles (Mt 4, 18-22; Lc 5, 1-11; 6, 12ss). La iniciativa es siempre de Jesús, porque Dios es por definición *aquel que llama* (Gal 5,8). El diálogo, la vocación, la abre siempre Dios.

Uno de los aspectos importantes en nuestra vocación es la *motivación* (del latín *movere* = mover) o tendencias. Unos impulsos internos que nos impelen a desplegar nuestra personalidad, todo lo que hemos recibido. El rasgo típico de la motivación o tendencia es su orientación teleológica (la "causa final"). Tiene que ver con el trabajo, lo que realizamos en donde nos encontremos³. He aquí uno de los retos mayores del joven-adulto: la *generatividad*, que trasciende a otros sinónimos como productividad, creatividad, tiene que ver con el transmitir vida propia y personal. El religioso es el que da vida a

² Aunque ciertamente personal, toda vocación tiene mucho de "con-vocación". Ha de existir un grupo de referencia en el que uno se basa a la hora de construir su pertenencia y referencias vitales. El grupo es una mediación de la propia llamada. Pero ciertamente no la sustituye. Tal vez se podría hablar de las características que un grupo necesita tener para poder ser referencia en la propia vocación. Y la primera sería la constante capacidad de crítica y discernimiento con el fin de permanecer fiel al llamado que los individuos recibieron en el momento de su incorporación al grupo.

³ El trabajo es fuente de realización personal y ocupa una considerable porción de la vida de un adulto y su influencia abarca casi todos los aspectos de la misma. La mayor parte de las personas se definen a sí mismas según la labor que desempeñan. Freud definió a una persona sana a partir de la capacidad que tenía para trabajar y amar.

otros, sobre todo desde la misión que realiza y en sus relaciones interpersonales.

De aquí que sea importante:

- a. El conocimiento personal, conocer mi vocación: Cualidades, modos de ser que me permiten hacer tal o cual cosa mejor. Si no nos conocemos bien (nuestras fuerzas y debilidades, lo que podemos hacer y lo que no), no podemos realizar bien nuestro trabajo. Ningún ciego puede guiar a otro ciego, ni nadie da nada que no posea. De ahí la necesidad de conocernos bien. “Conócete a ti mismo” nos decían los filósofos.

Dentro de este conocimiento personal se impone la necesidad de poder conocer y manejarse adecuadamente entre los deseos-ideales propios y los límites personales. Quien conoce su estructura interna en estos dos campos sabe combinar adecuadamente sus sueños con su realidad. Muchos de los fracasos en el proceso vocacional residen en que fueron edificados sobre un sueño que desconocía los propios límites y que edificó una casa sobre arena. Hay límites superables a través de la formación y el desarrollo de la propia voluntad; pero existen otros ante los que no nos queda más tarea que la humilde aceptación. Llegar a distinguir unos y otros es tarea importante en las primeras etapas de la formación.

- b. Tener claridad hacia qué estamos invitados en el aquí y ahora de nuestra vida. “Todo tiene su tiempo, y cada cosa su momento” (Eclesiastés, 3, 1). ¿Cuál será mi tiempo ahora? ¿Cuál será mi tarea? Hay personas que viven (y trabajan) pero sin una meta, sin una ilusión, sin ningún tipo de motivación para nada. Todos necesitamos estar aferrados a algo que nos mueva. Y aquí tocamos el tema del *sentido* que está tan en boga en el mundo de hoy. Parto del supuesto de que hay en nuestra vida una necesidad de recuperar el sentido de las cosas, en especial de la centralidad de la persona de Jesús. Pero también hay que seguir recreando cada día el sentido de mi vocación personal, de mi trabajo, de mis relaciones personales, de mi compromiso como cristiano...

No cabe duda de que hay que tener un sentido en la vida. Quien encuentra un porqué para vivir, sabe buscar el cómo. Es decir, cuando uno tiene de verdad un principio por el que vivir, un valor, no importan los obstáculos; uno los va saltando. Se trata, por tanto, de experimentar a la persona de Jesús y su causa con los pobres de este mundo como los que impregnan toda la vida y como sentido de orientación de nuestro ser.

Termino este apartado hablando de las crisis que suelen vivirse en el proceso de vocación personal en nuestros días. La primera sería la crisis de libertad que se vive una vez superados los primeros pasos de la pertenencia (fundamentalmente después del noviciado) y que suele ser cuando salen a flote los deseos de libertad frente a la institución que no se vivieron en los primeros momentos y que coinciden también con una cierta crisis en el modo de relacionarse personalmente con Dios. En muchos religiosos y religiosas, después de finalizado el noviciado, los grandes apoyos construidos anteriormente (la familiaridad con Dios, la oración, Eucaristía, el Examen personal, el Acompañamiento espiritual...) suelen caerse fácilmente.

La segunda, es la crisis de orfandad que surge a lo largo del camino, cuando vemos abandonar la Congregación a otros compañeros y amigos. La soledad y un sin fin de cuestionamientos acompañan la vida de muchos religiosos en este momento. Después está la crisis de la fe, a medida que el estudio nos abre a una comprensión humana del mundo y la explicación de las ciencias humanas, sociales y filosóficas nos muestran otra cosmovisión de la realidad. La cuarta es la crisis del adiós a la familia y la mujer (o el hombre en el caso de religiosas) como otro modo de realizarse en la vida y a la que uno se asoma cada vez que entra en contacto con la propia familia y con compañeros y amigos/as que optan por la vida en pareja.

Así mismo, está la crisis de la “desmitificación” de la institución que uno vive a medida que la conoce, mientras más avanza en la vida de formación. La Congregación está formada por personas diversas con cualidades y defectos. Y, por último, la crisis de “los adioses” cuando uno decide ya para siempre embarcarse en el proyecto de la Congregación a la que pertenece en la consagración definitiva...

III. Apoyos y fundamentos a la vocación

Corren tiempos en que la vida, la vocación, el trabajo, la comunidad, los votos, etc. necesitan de unos fuertes cimientos para poder sostenerse. ¿Cuáles son aquellos apoyos que tenemos que nos mantienen a lo largo de nuestra vida, los cuales nos ayudan a caminar y a sostenernos en los momentos de pruebas grandes que tenemos?

La tradición de la iglesia ha visto dos claves para el acceso a Dios: la Oración y el Acompañamiento espiritual. Considero que estas siguen siendo dos apoyos importantes en nuestra vida. La familiaridad con Dios y la amistad con Cristo, que subyacen en los orígenes de nuestra vocación personal, son dos elementos que deberían sostener nuestro modo de proceder como cristianos, y una forma de mirar la realidad con profundidad.

Hoy más que nunca se impone la necesidad de estar unido a Dios, saberlo escuchar y estar abiertos a su acción, además de ser testigos de su amor ante los demás. A Dios hay que conocerlo no sólo con las palabras o conceptos, sino con una profunda experiencia personal.

La teología actual afirma que los elementos estructurales de la Vida consagrada lo son: la experiencia de Dios, la comunidad fraterna y la misión. En la primera es en la que nace y se sostiene la vocación. Otros fundamentos importantes de nuestra vida también lo son:

- a. La vida comunitaria como una gran ayuda para nuestra vida. Somos *amigos en el Señor*. Y allí, el trabajo en equipo, la comunicación y el sentido de pertenencia (cohesión, vinculación y compromiso de unos con otros) le dan fuerza a nuestra vocación. El compartir la Eucaristía como el centro de la vida, y el ambiente lúdico de la comunidad, nos pone en movimiento hacia Dios y hacia las demás personas.
- b. La vida de servicio a la gente profundiza la unión con Dios. Los jóvenes religiosos no dejan de subrayar la eficacia que tiene para ellos la cercanía física y vital a los pobres de este mundo. No hay cosa que pueda movernos más hoy en día que la inhumana situación que viven los indígenas y campesinos, los miles de niños que mueren de hambre y los rostros de

miseria que se observan en la periferia de muchas de nuestras ciudades. El contacto y cercanía con los pobres y los que sufren nos ayudan a reconocer en ellos el rostro sufriente de Cristo. Lo importante es regirnos por el *principio de realidad*. San Ignacio nos invita a que nos asombremos con las cosas y que descubramos a Dios en todas las cosas y en toda la persona. La imaginación, los sentimientos, la voluntad, el entendimiento, desempeñan un papel central en el enfoque ignaciano.

- c. La amistad es clave en la vida de todo ser humano. Se trata de algo serio a cultivar y por lo mismo, muy difícil. La amistad verdadera supone y exige siempre una buena dosis de madurez humana y espiritual, psicológica y afectiva⁴. “Un amigo fiel es seguro refugio. El que lo encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, no hay peso que mida su valor” (Eclo 6, 14-15). San Ignacio nos dice que el verdadero amor se manifiesta más en las obras que en las palabras y consiste en la comunicación de bienes entre las personas que se quieren.
- d. La transparencia con el superior y el acompañante espiritual, donde la confianza y apertura son condiciones necesarias del tipo de relación que se establece. San Ignacio nos dice que “el Mal espíritu quiere ser secreto y no descubierto” (*Ejercicios Espirituales*, n. 326). El “enemigo” cuenta con el secreto, el mutismo y la incomunicación para el éxito de su empresa. Ignacio pone la clave para vencer al Mal espíritu en la transparencia personal y en el refuerzo de aquellas áreas de nuestra vida donde somos más débiles. De ahí la importancia de hablar de las cosas: ponerles nombre a lo que sentimos, pedir ayuda cuando la necesito. No siempre somos conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor ni en nuestro interior. Él

⁴ De la madurez se habla mucho. La mayoría de autores coinciden en algunos rasgos: la capacidad de ser sociables, tener amigos, entregarse a los demás y cultivar las relaciones. Están conscientes de que las personas maduras son conscientes de sus habilidades y metas, tienen interés en realizar un trabajo productivo y la capacidad de hacerlo.

abrirnos a otros nos posibilita caminar juntos un sendero no siempre fácil.

- e. Una ayuda muy querida por Ignacio de Loyola es la permanente referencia al *examen* u Oración sobre la vida. La mirada va dirigida a indagar si Dios ha estado o no presente en nuestra vida espiritual. El Examen no debe ser tanto la pregunta sobre lo que yo he hecho —o estoy haciendo—, sino lo que Dios va haciendo en mi vida. Se trata de dedicar un momento al final del día, en la tarea de búsqueda y mirada interior desde una lectura de lo que estamos viviendo: convertir en zonas de presencia lo que sólo eran experiencias ausentes. Creemos que no hay experiencia religiosa sin este proceso de interiorización de lo que se mueve dentro de nosotros.
- f. Lo mismo lo es la Corrección fraterna y la constante referencia a otra persona. Se trata de estar dispuesto a ser corregido por los demás, a corregir los errores de los otros cuando los vea, y a comunicar al superior lo que veo de otro que no le ayuda. Casi siempre damos por supuesto muchas cosas que no siempre lo son. Lo principal en este proceso es ayudar a la otra persona.
- g. El discernimiento de espíritus es necesario en toda vida cristiana. Todos estamos llamados a buscar y hallar la voluntad divina para la propia vida. La metodología de Ignacio de Loyola sigue siendo tan válida hoy como hace siglos. Ignacio está convencido de que Dios actúa en el hombre y la mujer de una forma personal; por ello, sino se producen movimientos internos en el sujeto, hay que sospechar que algo no funciona bien. Por ello creemos que esta metodología es un buen apoyo en ir descubriendo la voluntad de Dios sobre nuestra vida.
- h. Los cuidados de los sentidos, sobre todo hoy en esta sociedad llamada *postmoderna*, donde prima la individualidad, el principio del placer, los compromisos parciales y la fuga de la realidad. Hay que “guardar con mucha diligencia las puertas de los sentidos (lo que vemos, lo que escuchamos, lo que hablamos, lo que tocamos) de todo desorden” (Constituciones de la Compañía de Jesús, n.250). El Mal espíritu se mete por el

lado flaco, se apoya en nuestras debilidades para salir con la suya, nos dice San Ignacio. Los estudios que se han realizado en los últimos años en el área de la afectividad de los jóvenes, indican que los varones consagrados tienen mayor dificultad con el área de los *sentidos*, mientras que las mujeres muestran mayor dificultad en el área de los sentimientos.

- i. El cultivar personal y comunitario lo que nos da vida, lo que nos une a nuestros hermanos, a Dios y a la gente: el descanso comunitario, el deporte, los *hobbies*. No hay que olvidar que en la medida en que las personas van llegando a la etapa adulta van enfocando sus energías y motivaciones en diferentes tareas del desarrollo. Todas suponen un reto.
- j. La familia puede ser un apoyo positivo de nuestra vocación, porque el entorno familiar es el más determinante en la persona. La familia la llevamos con nosotros toda la vida. La presencia y compañía de la madre, del hermano o de algún otra familiar sinceramente amigo puede ser muy beneficioso para el religioso. También ayuda las "familias amigas". Algunas familias verdaderamente amigas, nos brindan la oportunidad de relajar las tensiones en un clima cordial, respetuoso y tranquilo. Jesús encontró esto en Betania con Lázaro, Marta y María (Jn 11, 1-5).
- k. El apoyo psicológico, como algo nuevo. Es claro que la experiencia del Espíritu no es algo flotante en las personas, sino que acontece en ellas tal y como son, es decir, con su dimensión psicológica, íntimamente relacionada con lo espiritual. Las imágenes de Dios, la oración, los afectos, la vida comunitaria, etc., son terrenos en los que la sabiduría psicológica tiene mucho que decir, dado que *lo espiritual se asienta sobre lo humano*.

El 2 de febrero de este año, el Papa Juan Pablo II en un discurso ante la Asamblea plenaria de la Congregación vaticana para la Educación católica, formuló algunas Orientaciones sobre la contribución de la psicología a los seminarios. Su ayuda, *no elimina todo género de dificultades y tensiones, pero favorece una amplia toma de conciencia y un ejercicio más fluido de la libertad para*

emprender una lucha abierta y franca contra ellas, con la ayuda insustituible de la gracia. Por este motivo, -aconsejó Juan Pablo II- *será oportuno cuidar la preparación de los expertos psicológicos, quienes deben unir al buen nivel científico una comprensión profunda de la conciencia cristiana sobre la vida y la vocación al sacerdocio.* El recurso a la psicología es capaz de ofrecer soportes eficaces para la necesaria integración de la dimensión humana y la sobrenatural.

- l. El estudio alimenta la vocación, sobre todo si se hace desde el deseo de aprender y con la mirada puesta en la ayuda a los demás: no es una formación que nos desclasa, sino que es para servir. De ahí la importancia de buscar en los estudios no el provecho personal, sino la gloria divina y el bien de las personas. ¡Cuan importante es pensar la formación desde la clave de la comunicación! Es una formación para ser comunicada. También hay que comprender que la formación es algo permanente, de toda la vida, una forma de adaptarse a las circunstancias presentes. Hay que recrear cada día lo que hemos recibido de Dios.
- m. Finalmente podríamos mencionar la apropiación del carisma específico de la vocación a lo largo de toda la formación (no sólo en los inicios) como un mecanismo que ayudará tanto a nivel teórico como práctico de ir madurando en la propia pertenencia a la vocación.

A modo de conclusión

Todo lo anterior tiene su fundamento en la realidad que vivimos dentro de la vida consagrada. Sin embargo, hoy se impone el problema de la *fidelidad* a la propia vocación. Este es un asunto difícil y complejo en nuestros tiempos **en todo estado de vida**. No es algo exclusivo de personas consagradas. Sólo hay que echar una mirada al creciente número de matrimonios jóvenes que se separan. La mayor parte de los divorcios entre los jóvenes adultos tienen lugar en los primeros cuatro años de matrimonio. Las parejas casadas tienen ahora menos probabilidades de continuar juntos.

Las causas suelen ser diversas: problemas de comunicación, infelicidad, incompatibilidad y problemas financieros.

¿Qué ocurre entonces? ¿Habría algunas causas en común? Algunas pistas que podrían arrojar luces sobre este problema serían las siguientes:

- a. La postmodernidad vive todo en clave de “provisorio”. Nada es definitivo; todo está sometido a la verificación temporal y temporalidad. Es la ruptura de las grandes cosmovisiones y explicaciones de la realidad. También de la vida humana. Frente a ello se adopta una visión más fragmentada de la vida humana y también del futuro.
- b. El consagrado en formación vive cerca de experiencias de ruptura de compromisos estables; a veces, incluso de la familia propia. Es un fenómeno muy frecuente en nuestros días, así como el de las uniones no estables en el matrimonio entre muchos jóvenes contemporáneos de nuestros formandos. No es raro que ello afecte de una manera u de otra a los jóvenes consagrados a la hora de mirar su propio futuro.
- c. Hoy los procesos de maduración personal en la búsqueda de la propia identidad son más lentos que hace veinte años. El joven de hoy necesita “procesar” más información. Desconfía de modelos de vida que puedan parecerse a estilos ya pasados de moda. Además se enfrenta a una educación con menos contenido “sistemático” y tiene que elaborar su propio marco de creencias y convicciones. No es raro que muchas veces éste no se encuentre elaborado en el momento de ingresar a la vida consagrada.
- d. No siempre las instituciones de la vida consagrada muestran la capacidad de ser modelos de pertenencia para los jóvenes consagrados. Con frecuencia perciben mucha distancia entre los ideales y las realizaciones, divisiones internas que quiebran los ideales, falta de valentía para nuevas opciones misioneras o una cierta rutina sin creatividad en su vida interna.



¿Y los formadores? De ellos hemos hablado muy poco.

También son responsables de la fidelidad que el formando tenga a su propia vocación. Este asunto es clave. Si vemos el número de salidas de la vida consagrada en los últimos años, una gran parte de responsabilidad se debe a que quienes deberían tener capacidad de acoger y acompañar a los jóvenes, no hemos respondido siempre a la altura de las exigencias y eso va minando la atracción con la que muchos de nuestros jóvenes entraron a la vida consagrada. Se imponen por tanto una serie de asuntos claves en la vida de toda Congregación: capacidad de re-fundarse (formular con acierto sus nuevos ideales apostólicos), la relación interpersonal en la vida comunitaria, la capacidad de acompañar a los jóvenes en sus búsquedas y crisis, la congruencia con la que tratamos de transmitir a nuestros jóvenes, la humildad para aceptar a las nuevas generaciones y la cercanía con ellas.

La juventud se define como un *tiempo de espera*, como un momento para elegir algo productivo en la vida. Es también un tiempo para arriesgar y aferrarse a algo que le dé sentido a la propia existencia. Quizás sea el momento más fecundo de la vida, que al igual que la vocación hay que cuidar como un tesoro, lo máspreciado que Dios nos ha dado.